

Nº 577
24
Enero
2022
Lunes



No lucen demasiado las lumbreras

Emilio Álvarez Frías

El progreso no ilumina demasiado a los cerebros que parece han nacido para mandar a los modestos que nos conformamos con trabajar con el sudor de nuestra frente para ganar el pan que llevar a casa cada día. Si el pobre Diógenes, allá por el siglo IV a.C., andaba por las calles de Atenas buscando el hombre honesto, ¿cuántos Diógenes tendríamos que poner ahora por nuestras calles y avenidas para conseguir el mismo hallazgo, –un hombre bueno– teniendo en cuenta la cantidad que gente que pulula por ellas? La cosa está difícil, no resultaría posible espulgar entre nuestros coetáneos para hallar alguno que mereciera la pena. Lo buscáramos por donde escudriñáramos. Hurgando por España no parece que halláramos una pieza con esas condiciones, salvo que recurriéramos a lugares escondidos donde se oculta la gente que guarda sus virtudes y sus saberes para bien utilizar. Desde luego en La Moncloa no nos tropezaríamos con ningún ejemplar.

¿Y qué sucedería si nos fuéramos a buscarlo a la Gran Bretaña? Parece tan difícil o más que en España encontrar un mirlo de ese tipo entre las personas que son elegidas por sobre los demás para regir el país desde el 10 de Downing street y que emplean el local para hacerse una litrona cuando el inquilino de aquella vivienda es el que marca un encierro para toda la población, y contraviene sus propias normas asegurando que ni se había dado cuenta.

Tampoco tendrían mejor suerte los que brujulearan por el país de los gabachos, aunque la actual figura parezca que se entiende bien con los importantes del mundo, por más que ya no tiene a Angela Merker para que lo eche una mano.

Si damos el salto del charco, y caemos en los EE.UU., no nos despertaríamos pensando que éramos un Diógenes cayendo del cielo sobre la Casa Blanca de Washington para ponernos en el camino de hallar el hombre que el filósofo buscaba, toda vez que a diario leemos que ni el inquilino de aquél caserón que ostenta la representación del país, ni el anterior, ni los que le rodean, sean algo destacable al respecto.

Sin duda le entraría un gran desasosiego al cínico que naciera en Sinope si se deja escurrir por la geografía en la que se encuentran los países americanos hasta el cabo de Hornos, pues, en cada lugar que cayera, con farol o sin él, sería un fracaso, ya que en esos países se han despertado, para regirlos, unos cerebros que están muy atrás de la civilización de Diógenes y sus semejantes,

o de la más actual, ya que andan desorientados dando tumbos por caminos equivocados.

Seguro que nuestro filósofo ateniense, sentado en la mugrienta tienda en mitad de la calle, de cualquier lugar de la tierra, como él hiciera en Atenas, nos diría hoy lo mismo que Ignacio Urdangarín, «estas cosas pasan».

Probablemente Diógenes llegaría al convencimiento que en esta democracia de asaltadores, de pillos, de trepadores, no es fácil encontrar el hombre bueno si lo buscamos por los medios habituales que se emplean en la actualidad. No valen los charlatanes si además no gozan de otras aureolas. No valen las uniones que únicamente sirven para servir los intereses de sus creadores. No valen la mayoría de las instituciones ideológicas que carecen del barniz de los valores que les puedan dar lustre. Hay que buscar la democracia –si es que realmente no hay ninguna otra forma mejor de gobierno– a través de la inteligencia, el honor, la generosidad, la entrega, la magnanimidad, donde la especie humana no se empeñe en exterminarla antes de nacer, donde se respeten las formas de la creación, donde los seres animales no se consideren iguales a los seres humanos, donde los sexos no se confundan con los géneros en un batiburrillo, y las palabras no sean prostituidas por el mal uso de los ignorantes.

Diógenes, con sus compadres de Atenas, han perdido la batalla. Desde antiguo, pero mucho más deprisa últimamente, han ido surgiendo gentes que, como Pedro Sanchez con la historia de España, han cambiado los principios, su interpretación los ha conducido por derroteros confusos, crean nuevos conceptos que ensucian los que han venido transitando a través de los siglos, e incorporan un mezquino empeño en romper la tradición y crear un nuevo orden.

Nos acompaña hoy un botijo clásico de barro marrón, decorado a mano con pintura acrílica con cactus, fuego y agua que se entremezclan con caras, y, según nos aseguran, influenciado por el movimiento «beplasticfree», que no terminamos saber que comprende este movimiento, pero que, al parecer, en este caso, es porque el botijo ha sido bañado con unos productos especiales, no dañinos y benefactores para el contenido del mismo. Nos parece un bluf, o un farol, como son las democracias hoy día al uso. Esperamos que los botijos vuelvan a fabricarse sin añadidos extraños y las democracias adquieran el valor que les puedan dar los usos y las costumbres que la tradición cristiana ha ido sembrando a lo darlo de más veinte siglos.



* * *

Remakes

Manuel Parra Celaya

Disculpen el anglicismo del título, pero creo que no existe ninguna palabra en español que traduzca fielmente el concepto; me refiero a una segunda versión de algo, a una repetición de algo que se hizo en otro momento. Personalmente, siempre he desconfiado de los *remakes* del cine,

especialmente si la película original se podía calificar de *clásica*, esto es, de obra maestra, fiel al refrán de que nunca segundas partes fueron buenas.

Hay excepciones, por supuesto; así, me encantó el nuevo *West Side Story* de Spielberg, quizás por su fidelidad a la historia –por supuesto, a la música– y a no ser una excusa para *correcciones políticas* de ninguna clase. No obstante –por seguir con los ejemplos del cine–, me quedo con la primera versión de *Sabrina*.

Tampoco es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor; lo que suele ocurrir es que la natural propensión a la añoranza de tiempos más juveniles lleva a una idealización y a un olvido de lo más desagradable del ayer; a esto se añade cuando el presente ofrece notas tan catastróficas como la actual pandemia o la situación política de España bajo este gobierno.



Siempre he mantenido que la actualidad, sea cual sea, es apasionante, como consecuencia quizás de haber interiorizado una antigua consigna o consejo de cuando era *flecha*: «*Que nada humano te sea extraño*». El hombre es, por

definición, dinámico, con una historia detrás, con un hoy, que implica tomar decisiones, y con un futuro, que, en mucha medida nos vamos construyendo con el bagaje de otros momentos previos.

La historia colectiva de los pueblos y las naciones también obedece a esta lógica, y cada coyuntura, cada *circunstancia*, aunque aparente ser rupturista, es producto de otras anteriores; huyamos, eso sí, de cualquier determinismo, para asumir con inteligencia que hay factores *condicionantes* que hicieron derivar el curso de la historia por donde realmente ha transcurrido, en detrimento de otras posibles alternativas que pudieron haber sido pero no fueron; solo tienen realidad –por llamarle así– en la mente de los nostálgicos a ultranza.

Qué duda cabe que nuestra desastrosa historia nacional del siglo XIX –sin ir más lejos– condicionó fuertemente el siglo XX en todos los aspectos; aquí reside la tarea del historiador no sujeto a *memoria histórica* alguna, que debe investigar según la «*teoría de la u*» (lo *causal* y no lo *casual*) para establecer las correspondientes ilaciones. Si la falsificación de la democracia durante la I Restauración condicionó en gran parte el errante reinado de Alfonso XIII, Directorio incluido, y a la proclamación de la II República («*la alegría del 14 de abril*»), la deriva partidista y sectaria de este régimen, desde el mismo redactado de su Constitución, dio lugar a la guerra civil.

Con todo, y siguiendo generosamente la *teoría de la u*, nunca se suelen dar causas exclusivas para que surja una determinada situación y prevalezca entre otras posibilidades, sino un cúmulo de ellas, y, de este modo, fueron determinantes lo que se llamaba *cuestión social* y la no menos decisiva *cuestión religiosa*, sin descartar, como en todo, las coordenadas de la geopolítica y del pensamiento europeo de la época.

Si, a su vez, la guerra civil tuvo que desembocar en un largo período, que el profesor Rodríguez de Carvajal denominó «*dictadura constituyente y de desarrollo*», la salida de este fue, inevitablemente, la Transición, a modo de II Restauración. Y –seamos sinceros– de aquellos polvos vinieron estos lodos, pues el actual titubeo o desconfianza sobre la actualidad y vigencia de la Constitución del 78 nace de muchos elementos de su apresurado y contradictorio redactado: causas, más que casualidades...



Por supuesto, a la facultad de buen historiador no va añeja la de la profecía; ni a la del político en general, salvo en contadas ocasiones en que este posea la condición de estadista y, como se dice ahora, conduzca con las

luces largas. No es este el caso, por supuesto, de Pedro Sánchez, cuyo gobierno ofrece cada día más la imagen de interinidad, prolongada en el tiempo acaso por carencia de recambios viables.

A diferencia de los aciertos en los *remakes* cinematográficos, en política no suelen tener lugar las segundas ocasiones; en todo caso, se trataría de una intentona mucho peor que la original. Así, la contumacia de las izquierdas en retrotraerse a una experiencia tan nefasta como lo fue la II República; o la ceguera o la obstinación de la derecha por creer que se pueden repetir eternamente en esta II Restauración los modos que sustentaron la de Cánovas. O la ingenuidad de que el *cirujano de hierro* de Costa puede volver a institucionalizarse como remedio.

Muchos de esos elementos *condicionantes*, tanto internos como externos, van a influenciar para que los caminos futuros por los que transcurra España; ninguno de ellos va a ser *predeterminante*, a buen seguro. No caben, pues, pesimismo a ultranza, ni tampoco campanas al vuelo, lanzadas frívolamente. Entre esos elementos que van a condicionar nuestro futuro debemos darle prioridad absoluta a lo que parece haber estado ausente entre nosotros desde hace mucho tiempo, y este es, no una simple voluntad colectiva, no de supervivencia en la mediocridad, sino de aquel «*formidable apetito de todas las perfecciones*» en que reside el verdadero patriotismo.

Si es así, y no como un simple *remake*, espero, entonces, volver a sentir la sensación de entusiasmo que despertó en mí la nueva versión de *West Side Story*, entre otras cosas porque, con nuevos protagonistas, se mantenía la fidelidad a las notas de una melodía y no se hacían concesiones a la *corrección política* que hoy nos quiere apabullar.

* * *

Espanoles sin rentabilidad social

Enrique de Vivero (*El Correo de España*)

Soy un español sin rentabilidad social por decreto del gobierno social comunista que tenemos en España.

Hace casi dos años, cuando estábamos en plena primera ola de la pandemia, escribí sobre las personas sin rentabilidad social. Quienes eran estas personas quedó reflejado en un artículo bajo el nombre de *El Lamento de un soldado*.

Quería reflejar en aquel artículo la crueldad con la que el sistema sanitario mejor del mundo, por orden de las autoridades sanitarias del gobierno español, había decidido que los ancianos con más de 65 años eran personas sin rentabilidad social, ya estaba amortizada su vida para la sociedad y eran un lastre que debía ser abandonado.

Ya nos hemos olvidado de los cientos y cientos de ancianos que fueron confinados en sus habitaciones en las residencias, aislados de sus seres queridos, solos con su paracetamol que era lo que se prescribía y con la orden tajante



de no llevarlos a los hospitales porque podían colapsar el sistema sanitario y no era rentable el emplear respiradores para estas personas. Ellos que fueron los que financiaron durante muchos años la seguridad social

El Gobierno de la Nación y los gobiernos autonómicos se pasaban la pelota de quien era el responsable de tamaño desafuero, lo cierto es que fueron autores y cómplices de decisiones que ocasionaron

muchas muertes, por desidia, por incompetencia o por maldad. Se erigieron en dioses para decidir quién moría y quien vivía.

Estas personas mayores de 65 años, entre los que me encuentro, fuimos declarados sin rentabilidad social, a pesar de que esas generaciones de españoles fueron los que sacrificaron su infancia, su juventud y su madurez para que las generaciones venideras disfrutasen de una sociedad mejor.

Fueron hombres y mujeres que tenían un sencillo coche utilitario y una casa perfectamente hipotecada a intereses de cerca del 20%. Eran felices porque pensaban que su sacrificio se le recompensaría en la vejez, cuidaron de sus padres, cuidaron de sus hijos y cuándo hizo falta en las crisis cuidaron de los nietos.

Estos hombres y mujeres de estas generaciones de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, han sido engañados por nuestros políticos, que son cicateros con las pensiones de jubilación y viudedad, pero que se permiten el lujo de disfrutar de unas prebendas en sus cargos que les permiten camuflar bajo el nombre de dietas un sueldo que no tiene retención de IRPF, pero si son dietas no deberían cobrarlas cuando no están en período de sesiones las cámaras legislativas. Da lo mismo que sea el parlamento español que los parlamentos autonómicos, da lo mismo el partido político gobernante desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, a todos les gusta este sistema.

Pues ahora vuelve la sociedad a dar una nueva vuelta de tuerca a estas personas sin rentabilidad social. Las entidades bancarias, con la complacencia de los gobernantes han decidido que estas personas deberían tener conocimientos de informática, saber el manejo de aplicaciones en los teléfonos móviles y por supuesto tener Internet y un ordenador en casa, todo esto con las pobres pensiones que nos proporcionan nuestros políticos.

Asisto con cierta frecuencia al espectáculo de un hombre o mujer con dificultad para manejarse ante el cajero automático para realizar algunas operaciones y que no recibe ayuda de ningún em-



pleado de la entidad bancaria porque los recortes de plantillas han dejado bajo mínimos el personal de las oficinas. Eso sí, hay mucho gestor comercial manejando el teléfono de la oficina correspondiente para captar clientes.

Esta tarea es para estas personas mayores más penosa ya que tienen que esperar, bajo las inclemencias meteorológicas del invierno, a que se les atienda en el interior de la agencia bancaria.

Vivimos en una sociedad enferma, con unos políticos ajenos a la vida de los ciudadanos, sobre todo de los más débiles, como son nuestros mayores.

Ha llegado el momento de decir basta al trato que se les está dispensando a los hombres y mujeres que lo dieron todo por crear una sociedad mejor, y ahora cuándo algún político decide que no son rentables socialmente, se les abandona y se les trata de forma humillante.

Un pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla, nuestros mayores son parte de la historia.

* * *

Está muy claro: no soportan la libertad

La reacción de la izquierda española censurando una campaña a favor del derecho a la vida refleja su preocupante querencia autoritaria

Luis Ventoso (*El Debate*)

Como advierte el Evangelio de Mateo, ninguno conocemos el día ni la hora. A la parca le gustan las sorpresas. Pero para mantener el ánimo en el día a día jugamos a ignorar la existencia del temible telón (por eso cada vez se esconde más a los difuntos y por eso algunos tanatorios comparten arquitectura con los bingos). Mi esperanza es deambular por aquí abajo al menos unos veintitantos años más. Si se cumple ese desiderátum y no casco antes, estoy seguro de que acabaré contemplando un giro en la mentalidad mundial sobre el aborto. Mi convicción es que en el futuro se acabará considerando como lo que es: una barbaridad, que extrañamente había sido tolerada durante un tiempo (y hasta jaleada desde algunos poderes públicos). De hecho, la corriente provida está ganando ya terreno en algunos países, incluido el que todavía es el primero del orbe, Estados Unidos.

Las dos grandes posturas ante el aborto son bien conocidas. La «progresista» sostiene que la mujer debe ostentar un imperio absoluto sobre su cuerpo, lo que incluye al nasciturus. Por lo tanto, es libre de eliminar a ese feto si así lo considera (dicho sin eufemismos: de recurrir a un «sanitario» para que lo mate). La posición contraria mantiene que el embrión humano tiene un derecho a la vida inalienable, que está por encima de los deseos y derechos particulares de la propia madre. El Papa Francisco, que muchas veces habla con ese sentido común inapelable que distingue a los buenos párrocos, lo ha explicado de manera cristalina: «¿Es justo suprimir una vida humana para resolver un problema?»



¿Cómo puede ser terapéutico, civil o simplemente humano un acto que suprime en su inicio una vida inocente e indefensa?». Ello no es óbice para que el Papa haya pedido también «misericordia para la mujer que tuvo que abortar».

Personalmente, y como ha dicho también alguna vez el propio Francisco, me parece que la perversidad del aborto es tan evidente que incluso va más allá de consideraciones religiosas. Cualquier persona con la conciencia y el corazón en su sitio que vea la ecografía de un feto sabe en su fuero interno que matarlo es inadmisibile (la precisión de las imágenes actuales es abrumadora,

inapelable). Por ello defender el derecho a la vida y oponerse al aborto no parece ninguna extravagancia, sino más bien la conclusión a la que llegará toda persona que analice este problema con honradez y sin orejeras ideológicas.

En España padecemos ahora mismo un Gobierno que carece de habilidades para gestionar los importantes problemas cotidianos. Para encubrir esa limitación han abrazado la ingeniería social, en la que incluyen una fascinación



morbosa por fomentar la subcultura de la muerte (el aborto y la eutanasia). Fanáticos como Irene Montero están llegando al extremo de intentar controlar y acosar a los médicos objetores. Podemos y PSOE preparan además una ley

que pretende sancionar hasta con pena de cárcel a las personas que recen frente a las clínicas abortistas, o salgan a la calle en defensa de la vida. Ante tales amenazas, la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) ha lanzado una campaña en las marquesinas de varias ciudades españolas con el siguiente lema: «Rezarse frente a una clínica abortista está genial».

Lógicamente, el «progresismo» obsesionado en celebrar el aborto como si fuese un triunfo y un avance, se va a sentir molesto con ese mensaje. Eso se da por descontado. Y por supuesto están en su derecho a expresar un punto de vista contrario a ese lema y lo que representa, pues para eso vivimos en un régimen de libertades. Pero lo que ha ocurrido es que la izquierda gobernante en algunas ciudades directamente ha censurado los carteles de la ACdP y los ha retirado. Y eso es intolerable. Supone machacar la libertad de expresión, una de las columnas que permiten calificar un sistema político como democracia.

Lo que ocurre aquí es bien fácil de diagnosticar: no les gusta la libertad. Albergan una profunda veta autoritaria. Al derecho a expresarse libremente le ponen un límite: que lo que se diga no moleste a la izquierda. Y ese resabio dictatorial va ganando terreno. Día a día. Paso a paso. Ley a ley.

O espabilamos, o acabarán birlándonos la democracia. Si en España, donde se jalea a sicarios etarra impunemente, ya no se puede hacer una campaña pública en favor de la vida; este país tiene un serio problema.

(PD: el PP, que está en disposición de volver al poder, debería empezar a preocuparse por estas cuestiones y sacudirse sus complejos ante el «progresismo social» de la izquierda. Una gestión aseada no lo es todo).

* * *

Chesterton: Ortodoxia, cordura y alegría

El mundo es, en cierto sentido, nuestra casa. Incluso si lo pensamos como algo ordenado (cosmos) y bonito (cosmético), como hacen los griegos. El mundo es nuestra casa incluso si lo llamamos creación, como hacen los cristianos.

Manuel Ballester (*Aleteia*)

No estamos totalmente a gusto en nuestra casa. Percibimos que aún falta algo. Hay algo indefinible que nos hace sentirnos en casa, sí; pero no en el hogar. Chesterton (1874-1936) formula esta cuestión así: «aun estando en casa, venía a visitarme la nostalgia».

Ortodoxia es una palabra griega que, literalmente, significa opinión (doxa) correcta (orthos). Cuando Chesterton tituló *Ortodoxia* (*Orthodoxy*, 1908) a una obra en la que intenta «definir la filosofía en la que ha venido a parar», orientó su esfuerzo a mostrar que, si bien hay multitud de opiniones, aquella en la que él cree, es la verdadera, la correcta.

Puede parecer pretensioso proponer la propia opinión como verdadera. Pero, bien pensado, lo contrario es demencial, una locura: ¿quién sostendría una opinión pensando que es falsa? Lo que está en juego es, por tanto, la cuestión de la verdad. Y Chesterton pretende que sus opiniones sean verdaderas, está dispuesto a mostrar que la razón las avala. Y esto es esta obra.



La razón, la verdad y las opiniones son algo humano. También el bien y el mal. Y la locura, el error y la mentira. Con estos elementos nos jugamos la verdad y el sentido de nuestras vidas. Si acertamos, nuestras vidas serán dichosas. Y hablamos

de dicha aquí y ahora, en este mundo, no en el más allá: «necesitamos ser plenamente felices en esta tierra de las maravillas, sin conformarnos con pasarlo medianamente».

Algo dentro de nosotros nos impulsa a pensar que hay un mundo que nos acoge y nos hace vivir la vida como una aventura. Chesterton es un intelectual, un escritor, pero ese íntimo anhelo no es una singularidad suya, ni siquiera de los intelectuales. Más bien parece propio de todo ser humano. Conviene, por eso, no dejarlo pasar. Mirarlo de frente y ponerse en camino. No pactar con la mediocridad ni, por supuesto, dejarse convencer por la locura de que eso son puerilidades.

Darse por vencido y sostener una actitud vital o una postura filosófica que anestesie nuestra sed de felicidad es lo que Chesterton llama locura. Sobre la

locura vuelve en repetidas ocasiones y frente a ella establece su posición. Define locura «como aquel empleo de las actividades mentales que nos conduce a la desesperanza» ¿por qué es insensata la locura, la desesperanza? Porque se trata de «la razón arrancada de sus raigambres vitales (*reason used without root*), la razón que opera en el vacío». Nos topamos así con un elemento típico del individuo de nuestro mundo: el desarraigo.

El ensayo recoge el itinerario intelectual de Chesterton, la búsqueda del agua que sacie esa sed interior. Vemos cómo va describiendo su acercamiento al determinismo, el pragmatismo, el cientifismo, el relativismo, el budismo, el panteísmo... y una y otra vez va descubriendo sus insuficiencias. Al superarlas va atrapando una verdad tras otra. Y, al mismo tiempo, va descubriendo que esas verdades que él ha encontrado ya habían sido proclamadas hace tiempo por el cristianismo.

Señala Chesterton que en *Ortodoxia* «sólo os ofrezco una historia del nacimiento y vicisitudes de mi creencia». No pretende ser un ensayo apologético. Pero el lector es muy libre de hacer o no caso al autor.

Sin dejar de tratar el mal y el pecado, nos lleva a la idea de que «el hombre es más humano, más semejante a sí mismo cuando su estado fundamental es la alegría y su estado superficial la pena». También ahí encuentra una verdad que ya había sido proclamada por la Iglesia en cuanto que el credo cristiano «hace de la alegría algo gigantesco, y de la tristeza algo reducido y especial».

¿Cómo hablar de la Iglesia sin referirse a Cristo? Sobre su forma de hablar y sus actos. Y también sobre lo que dijo (al fin y al cabo, desde el principio, es el logos, la palabra). Y sobre lo que no dijo.

Porque es sabido que Jesús, de vez en cuando se retiraba a hablar a solas con su Padre y nuestro Padre. ¿Qué diría? ¿Qué se dirían? A instancia de los discípulos, enseñó el Padre nuestro. Pero quizá había más. Quizá había un secreto que no nos contó. Porque los grandes secretos están a la vista. O esa es la opinión de Chesterton. Leyendo *Ortodoxia*, el lector podrá juzgar por sí mismo si ese secreto podría ser el que apunta el ensayo. Que bien podría ser, por otra parte.

* * *

Carta abierta a Ciudadanos

«No hay que compartir los postulados de Vox para criticar la barbaridad de asemejarlos a los herederos de ETA»

Guadalupe Sánchez (*elSubjetivo*)

Todos éramos conscientes de estar asistiendo a los últimos coletazos electorales del partido naranja, pero quién nos iba a decir que, en lugar de morir matando, los de Arrimadas se iban a suicidar a la japonesa, dejando al descubierto lo peor que anidaba en sus entrañas para vergüenza de muchos de los millones de sus antiguos votantes.

Resulta incomprensible que, ante el adelanto electoral en Castilla y León o el que se prevé en Andalucía, Ciudadanos haya decidido volver a enarbolar una bandera que se ha demostrado fracasada, como es la de liderar una supuesta

lucha contra el advenimiento del fascismo personalizado en Vox. Para ello no solo están recurriendo a la brocha gorda, sino a comparaciones y equivalencias con las que exhiben un execrable relativismo moral más propio de formaciones como Podemos que de un partido que se autoproclama liberal: no hay divergencia ideológica ni tacticismo electoral que justifique equiparar a Bildu con Vox.

Este pasado fin de semana, los economistas Daniel Lacalle (PP) y Toni Roldán (Cs) se enzarzaron en un debate en Twitter a cuenta de los pactos. El que fuera diputado popular recriminó al actual director del ESADE la disposición de los



naranjas a apoyar gobiernos con la ultraizquierda mientras se niegan a hacerlo si de ellos forma parte Vox. La respuesta de Roldán fue la de mostrar su disgusto con los gobiernos populistas en general, para seguidamente calificar a los del partido verde de abiertamente racistas, nacionalistas, xenófobos, reaccionarios, negacionistas con la ciencia, populistas eco-

nómicos, anti-europeístas pro-Trump y dudosamente demócratas.

Ante este rosario de calificativos por parte de alguien que lleva meses insistiendo en la necesidad de ofrecerse abiertamente a pactar con el Gobierno a pesar de los continuos desprecios de los de Sánchez, entenderán que la que suscribe le interpelase para que diese su opinión sobre Bildu, uno de los muchos socios del actual Ejecutivo. Y la respuesta del Sr. Roldán fue un escueto: «Pues muy parecidito a Vox, en versión País Vasco, Lupe». Yo no salía de mi asombro y muchos dirigentes y votantes de Ciudadanos, tampoco. Así que me van a permitir que le dirija al susodicho unas palabras, que hago extensivas a otros miembros del partido que suscribieron sus reflexiones, entre ellos Francisco Igea, el candidato a la Junta de Castilla y León.

Bildu es un partido que no solo no condena el terror, el asesinato y la sangre en nombre de un fin político, sino que además lo justifica, lo ensalza y hunde sus raíces en el brazo político del terrorismo etarra. Bildu homenajea a los ejecutores de miembros del partido socialista con el que ahora pacta y en breve pretende gobernar en el País Vasco. Bildu ampara a quienes segaron la vida de inocentes de forma cobarde, arrebataron hijos a sus padres y dejaron huérfanos a cientos. Bildu representa al zulo, al impuesto revolucionario, al tiro en la nuca y a la bomba en el centro comercial. Bildu es la mierda hecha política, Sr. Roldán.

Y ya que tanto gusta usted de reconocerse en los estándares europeos, ya le digo yo que no va a encontrar en Europa ningún partido que gobierne con apoyos semejantes. Porque por mucho que a usted le pese, Sr. Roldán, la realidad es que el partido socialista al que usted se empeña en redimir para aplacar su mala conciencia, prefiere gobernar con la mierda infecta que es Bildu a hacerlo con Ciudadanos.

Como le expliqué en nuestro intercambio tuitero del otro día, ni el populismo, ni el nacionalismo, ni la eurofobia son delito, pero el terrorismo y su exaltación sí. Vox es el partido en el que militan o con el que simpatizan algunas de las víctimas, mientras que Bildu es el partido que representa a los ejecutores. Es lamentable que usted los meta en el mismo saco recurriendo a etiquetas que pueden predicarse fácilmente de otros muchos partidos de la escena nacional, a algunos de los cuales también prefiere Sánchez como socio antes que a la formación en la que usted milita, por cierto.

Tampoco quiero dejar de recordar que la democracia, además de predicando, se defiende obrando, y que mientras Ciudadanos apoyó sin fisuras estados de alarma inconstitucionales que el sanchismo instrumentalizó para sustraerse del control de los pesos democráticos, fue Vox el que los recurrió ante el Tribunal Constitucional.

Pero lo más lamentable de todo es, posiblemente, que ante la reacción suscitada por su execrable comparación, el domingo intentase explicarse escribiendo una serie de tweets encadenados en los que fue incapaz de usar la palabra «terroristas» para referirse a Bildu o a su entorno. «Miembros directamente relacionados con episodios de violencia», los llamó usted. Con lo bien que se le da el etiquetado corto y escueto cuando se trata de Vox y lo que le cuesta sintetizar si los descritos son los filoetarras. Da qué pensar.

Un liberal, que es como usted gusta de posicionarse en el espectro político, sabe reconocer los peligros de banalizar el mal de los que advirtió Arendt y tiene muy presente la paradoja de Popper, que llamó a los demócratas a tolerarlo todo menos la intolerancia, a la que identificó con la incitación y la justificación de la violencia. Deje usted de blanquear a los intolerantes etarras y llámelos por su nombre.

Pero no sería justo terminar este artículo sin agradecer a gente como José Ramón Bauza o Fernando Navarro, personas relevantes dentro de Ciudadanos, por mostrar abiertamente su desacuerdo con su comparación y ser capaces de anteponer la dignidad y el honor a las convulsiones electorales de su partido. No es necesario que compartamos los postulados ideológicos de Vox para criticar la barbaridad indecente que supone asemejarlos a los herederos de ETA.

* * *

José Luis Balbín denuncia la falta de ética de TVE con «Las claves del siglo XXI»

El presentador de la mítica tertulia La clave arremete contra TVE por apropiarse de su prestigio con Las claves del siglo XXI, el nuevo programa de La 1

Jorge Aznal (*El Debate*)

La 1 ha estrenado este viernes *Las claves del siglo XXI*, un programa de análisis y debate político presentado por Javier Ruiz, periodista afín a la izquierda. El nuevo espacio de TVE ya ha generado polémica a pocas horas de su debut.

José Luis Balbín, de 81 años, es el veterano presentador de televisión que conducía en TVE una prestigiosa tertulia política semanal. El programa, como muchos recordarán, tenía por título *La clave*. Balbín ha emitido un comunicado en el que explica cómo TVE y Javier Ruiz, el presentador de *Las claves del siglo XXI*, querían utilizar el nombre de *La clave* como título para el formato que se estrena este sábado.

Dado que la marca estaba registrada, el ente público y Javier Ruiz solicitaron



la cesión del título a José Luis Balbín. Ante la negativa de este, contactaron de nuevo con el veterano presentador para concertar una visita. Balbín no se opuso al encuentro pero les dejó claro que la respuesta sería la misma: un no.

Lo siguiente que supo José Luis Balbín es que TVE promocionaba el nuevo programa presentado por Javier Ruiz con un título que le resultaba muy familiar: *Las cla-*

ves. Y de ahí, tal vez para intentar disimular lo que es indisimulable, el espacio pasa a llamarse *Las claves del siglo XXI*.

En su comunicado, el mítico presentador de TVE muestra su elegancia al desear «sinceramente larga vida» al nuevo formato y lamenta que «con una falta de imaginación y ética profesional que me asombra, finalmente se aplique para el título la fórmula del subterfugio».

See new Tweets
Conversation
@JoséLuisBalbín
@JLBalbinM
Buenas tardes, señoras y señores. Debido a las llamadas y mensajes que estoy recibiendo ante el nuevo programa de TVE «Las Claves del Siglo XXI», pongo a su disposición el texto íntegro de la nota de prensa remitida en el día de hoy a los medios de comunicación. #JoseLuisBalbin

Balbín también señala en su comunicado que le «asombra aún más si cabe que la dirección de RTVE, que ha sido mi casa durante gran parte de mi trayectoria profesional, lejos de proteger, permita que de manera sibilina se utilice, con el evidente fin de aprovechar el prestigio asociado a *La clave*, el nombre registrado de un programa de debate que goza de innumerables premios, que forma parte de la historia de la Transición y de TVE y que se ha convertido en leyenda».

José Luis Balbín explica que envió un burofax el pasado lunes al presidente de RTVE, José Manuel Pérez Tornero, para poner «en su conocimiento estos

hechos y mi malestar por unas prácticas que desprestigian a quienes las lle-
van a cabo y, lo que es peor, a la profesión». Por el momento no ha recibido
respuesta.

* * *

**José Luis
Balbín**

NOTA DE PRENSA

Madrid, 21 de enero de 2022.

Ante la ingente cantidad de llamadas y mensajes a través de mis redes sociales que estoy recibiendo preguntándome si el programa **LAS CLAVES** que se emite hoy viernes a las 22-23 horas en TVE es una réplica del programa de debate que dirigí y presenté de 1979 a 1985, titulado **LA CLAVE**, emito este comunicado a fin de clarificar la situación.

En octubre del pasado año, fuentes de TVE que dijeron llamar de parte de Javier Ruiz se pusieron en contacto conmigo para hablarme de un programa que se empezaría a emitir en enero - al que querían titular **LA CLAVE** - y que una vez comprobado que la marca ya tenía registrada, querían proponerme la versión de la misma.

La respuesta fue que la marca **LA CLAVE** ya está en venta y permanecerá con siempre vinculada al mítico programa de debate.

Unos días después, la misma persona vuelve a llamar y me dice que Javier Ruiz y ella quieren invitarme para tratar el tema personalmente. Le comento que nada que objetar a la visita pero que está resultaría infructuosa ya que la respuesta sería la misma. A partir de ahí no se prestó ningún nuevo contacto.

A principios de enero, TVE inicia una serie de emisiones en las que Javier Ruiz anuncia de viva voz, el primer estreno de un programa de debate titulado **LAS CLAVES**. En el título del nombre figura en el margen inferior derecho, apenas apreciable, yo.

No tengo nada que objetar al formato del espacio al que dicen sinceramente, leigo solo pero sí a que con una falta de imaginación y ética profesional que me asombra, finalmente se aplique para el título, la fórmula del subterfugio.

La intención, conociendo los hechos, no puede estar más clara. Aún me asombra más si cabe que la dirección de RTVE que ha sido mi casa durante gran parte de mi trayectoria profesional, lejos de proteger, permita que un espacio similar se utilice, con el evidente fin de aprovechar el prestigio asociado a **LA CLAVE**, el nombre registrado de un programa de debate que goza de innumerables premios, que forma parte de la Historia de la Transición y de TVE y que se ha convertido en Leyenda.

En este sentido, el lunes envié un correo al Presidente de la Corporación D. José Manuel Pérez Tornero poniendo en su conocimiento estos hechos y mi malestar por unas prácticas que desprestigian a quienes las llevan a cabo y, lo que es peor, a la profesión, sin que hasta la fecha haya recibido respuesta alguna.

